

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

CUADERNOS
QUINCENALES

DE LETRAS
Y CIENCIAS

AMADO NERVO



PENSANDO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
RECONQUISTA 375
Buenos Aires
1920

"Buenos Aires"

Cooperativa Editorial Limitada

Ultimas publicaciones:

Máximo Gorki

por ALEJANDRO CASTIÑERAS

Un huerto de manzanas

por ALBERTO NIN FRÍAS

La senda clara

por ARMANDO DONOSO

En este libro, prologado por don Leopoldo Lugones, ha reunido el eminente y joven crítico chileno sus últimos estudios de literatura y filosofía.

Modos de ver

por MARTIN GIL

Es esta la obra más interesante que ha publicado el conocidísimo y admirado escritor y hombre de ciencia.

El Salvaje

por HORACIO QUIROGA

Nuevos cuentos del escritor que es reconocido por todos como el más grande maestro del género en nuestra América.

De venta en nuestra administración y en las principales librerías de la Argentina, Uruguay y Chile,

a \$ 2.50

Colecciones completas

— de

"AMÉRICA"

En nuestra administración quedan algunas colecciones del primer tomo que vendemos encuadernadas al precio de \$ 5 m/n cada una. A los suscriptores o a las personas que se suscriban desde ahora, acordamos el 15 % de descuento.

Número atrasado c/u.

0.40 m/n.

EL CONVIVIO

Publicado por J. GARCIA MONGE
San José de Costa Rica

Se trata de presentar en *El Convivio*, escrituras cortas y completas—consideradas como egregias en su género—de los buenos escritores de todas las naciones y épocas; en cuadernos portátiles y recomendables también por el esmero de la impresión.

Apareció:

EVANGELINA

Cuento de Acadia

por Henry W. Longfellow

Traducido por Rafael M. Merohán.

Edición ilustrada en venta en nuestra administración.

Precio \$ 1.25

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

AMADO NERVO

PENSANDO

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920



RASGOS AUTOBIOGRÁFICOS

Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de Agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dió su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo, y esto que parecía seudónimo—así lo creyeron muchos en América—y que en todo caso era raro, me valió quizá no poco para mi fortuna literaria; quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez!

Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. *Y eso fué todo.* Un poco más de rigidez y escapo para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño... Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas. Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiempo, y murió sin saber que tenía talento: ahora lo habrá descubierto con una sonrisa pladosa...

No he tenido ni tengo tendencia alguna literaria especial. Escribo como me place. Según el *spiritus qui flat ubi vult*. No sostengo más que una escuela: la de mi honda y perenne sinceridad.

He hecho innumerables cosas malas, en prosa y en verso; y algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiese sido rico no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo.

¡No se pudo! Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que más me duelen, es esa la que me duele más: el libro, breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el *libro libre* y único.

AMADO NERVO.

PENSANDO

UNA de las reflexiones más dolorosas que pueden hacer los enfermos incurables es la de que en el mundo sin duda existe remedio para su mal; una planta, el agua de una fuente, un paraje con determinadas condiciones de clima, una combinación química, un alimento especial, una fruta... y que sin saberlo pasaron quizá muchas veces cerca de ese remedio infinitamente anhelado, a pesar del cual deberán morir en breve.

Los celos, como la aprensión de la muerte, son indicios falsos. La infidelidad de una mujer y la última hora llegan siempre cuando menos lo pensamos.

La verdadera coqueta engaña a su espejo.

El miedo es más injusto que la ira.

Como la cobardía embiste nerviosamente y con los ojos cerrados, a lo mejor resulta heroísmo.

El hombre debe morir cuando ya no pueda dar al mundo fruto ninguno. Es muy triste (aunque sea muy culto y muy justo), que los gobiernos, las academias, las municipalidades, ayuden a una personalidad ilustre en nombre de lo que hizo y no de lo que hace.

Todo es ilusión, hasta la muerte misma, que es la ilusión por excelencia, la última ilusión de la vida, como el horizonte sensible es la última ilusión de la vista.

Cuando observo el egoísmo frío, casi feroz con que los viejos defienden sus comodidades y su dinero, es cuando más horror me causa envejecer.

La ingratitud viene muy frecuentemente del orgullo. La idea de deber a alguien algo que no le podemos pagar irrita de tal manera a un orgulloso, que se convierte en idea fija y acaba por traer el odio allí donde debiera sólo existir el amor.

Tal estado de ánimo depende en mucho de la actitud poco discreta y elegante de quienes, sin recordar explícitamente que han hecho favores, procuran, sin embargo, que el favorecido lo recuerde.

Si no hubiese poetas, artistas, seres contemplativos, a la naturaleza le faltaría algo esencial: le faltaría quien la contemplase con amor.

Nada hay que envejezca tan pronto como las imágenes en el cerebro. Llega una, sugerida por las lecturas o por los propios pensamientos, y nos produce un delicioso sabor de novedad. Nos enamoramos de ella como de una mujer hermosa. Pero cinco minutos después ha envejecido, se ha descolorado y ya no nos produce sino tedio. Ni la mujer más efímeramente amada lo menor que una imagen. Ni a la mariposa más tenue y pasajera se le va antes que una imagen el oro de las alas...

Me decía mi amigo, hablando de la prolongada monotonía de su existencia: Es como una larga carretera blanca, despejada... Por encima vuelan algunos pájaros: son las ideas, las lecturas o la contemplación de la naturaleza. Por la carretera no pasa nadie...»

El tedio empieza siempre por preguntarse: «¿con qué objeto?», y acaba por el desgano absoluto de toda labor.

Con esa pregunta destruiríamos el universo y quitaríamos el sabor a la vida. Nada y todo tiene objeto, y tan esencial acaso es para el ritmo del mundo el canto del ruiseñor como el pensamiento de Newton.

Muchas veces, en muchos casos, es una gran piedad no dar esperanzas...

Una de las vergüenzas más grandes en todos los países, y singularmente en algunos, es haber menospreciado

la labor intelectual y haber tratado con desdén a los seres más maravillosos que ha visto el planeta, a la flor por excelencia del universo, a los artistas, a los poetas, a los pensadores.

El mercader tacaño, oscuro y despiadado de ideas. será visto por los futuros con asco y horror, y el espectro de cada poeta verdadero, de cada gran artista muerto de hambre, proyectará sobre el haz del planeta más sombra que un eclipse.

No es doloroso que en el estado actual de la sociedad las cosas más inmerecidas se obtengan por influencia: lo angustioso es haber de recurrir a las influencias para que nos hagan simplemente justicia.

No nos apresuremos a censurar aquel que se contradice: la contradicción suele ser uno de los mejores signos de sinceridad. El hombre que afirma pensar hoy como pensaba hace diez años, o miente o es un majadero al cual nada le enseña la vida, múltiple, diversa, varia, llena de cosas imprevistas y formidables, que modifican a cada instante el medio, las almas, el universo entero...

Quien sabe si la vejez no es la degeneración de las células. (¿Por qué esta degeneración si continúan renovándose constantemente?) Quien sabe si no obedece a depauperización biológica ninguna. Quien sabe si la vejez solamente es el misterioso signo exterior del can-

sancio del alma, que ya lo ha visto y lo ha catado todo y empleza a abandonar, desdeñosamente, el organismo que le sirvió para la experiencia de la vida.

San Agustín define la condición de los bienaventurados de una sola frase magistral: « Habent quod desiderant »: tienen lo que desean. De donde se sigue que los pobres hombres que desean ardientemente lo que no pueden poseer (¡cuántos, Dios mío, cuántos!) están en condición antitética en la de los bienaventurados; es decir, en el infierno.

Los que han amado sin esperanza son los más perfectos condenados que se pudiera encontrar.

La conciencia debía ser voluntaria, como el cerrar los ojos; así en los momentos angustiosos de la vida cabría el recurso de perderla temporalmente.

Hay mujeres coquetas (coquetería de la más baja y perversa) que os provocan, cuanto pueden, con la mirada, incitándoos a que las habléis, a fin de usar de la prerrogativa que la naturaleza, con altos fines, ha dado hasta a la más vil de las hembras en determinados momentos: la de desdeñar, rehusar, menospreciar a un hombre. Aunque si bien se mira, no debemos ser severos con tal laya de mujeres, pensando que ésta es acaso la única manifestación de dominio que pueden ejercer en su triste vida.

Nada hay inarmónico en la naturaleza. Lo que nos parece disonancia está dentro de la técnica del contrapunto...

Dios, está más seguramente en los ojos de una mujer hermosa que en todas las filosofías.

Nadie te puede hacer más mal del que tú mereces. Vive sin cuidado.

Cuando la vida se vuelve demasiado angustiosa el durmiente se despierta.

Dios no es misterioso ni gusta de proponer enigmas. La verdad de las cimas es de una estupenda sencillez, pero aún estamos en los desfiladeros y barrancos, llenos de sombras y de arcanos.

¿Cuántos de los hombres mejores con que se honra la especie seguirían siendo buenos en una isla desierta?

No era imposible vivir doscientos años. Aquel sabio del siglo XX resolvió el problema; se puso a vivirlos tranquilamente... y los vivió, llegando a ellos en pleno vigor.

Sólo que nadie se atrevía a verle la cara y mucho menos a sufrir la fijeza de sus miradas.

Asustaban por lo que había en ellos de terrible cono-

cimiento de las cosas y de los seres, los ojos de aquel hombre que había vivido doscientos años.

Me decía un enfermo crónico: «¡No cabe duda de que es interesante y bello el espectáculo de la vida... pero a mí me ha tocado una butaca muy incómoda!»

Como una gran ave que anida en una torre, ve la progresiva ruina de ésta y aguarda el instante del total derrumbamiento para emprender el vuelo, así el hombre de genio contempla el desastre de su pobre cuerpo envejecido.

Quizá una de las pocas alegrías de la vejez, cuando no está demasiado amargada y aniquilada por los achaques, consista en la observación fría, un poquito irónica y en el fondo indulgente, de la sociedad. El alma pasa lentamente de actora a espectadora. Los resultados de los diversos sucesos le importan cada día menos, porque sabe que pronto se irá. Es como un viajero que desde el pórtico de la estación, mientras espera el minuto del tren, se entretiene con cierta curiosidad distraída en contemplar el espectáculo de la gran arteria humana.

En los bailes, en los tes, en los teatros, en toda reunión, un viejo observador, sereno, afable, goza quizá más que los jóvenes. El placer de éstos es puro aturdimiento. El en cambio, juzga la existencia, contempla sus ardides, sus tretas, su «modus operandi», siempre inge-

nuo y siempre el mismo, en la juventud, en el amor, en la ambición.

Ve desde una cima, la cima de nieve de sus años, el panorama y advierte el movimiento de los hilos que detrás de las bambalinas sacuden a los títeres. Puede hasta vaticinar ciertos efectos, que su experiencia conoce. Es, en suma, el espectador ideal.

Decía Chateaubriand que la vida « es demasiado corta para la acción, demasiado corta para el pensamiento, y demasiado larga para la felicidad ». De suerte que si morimos sin haber hecho ni pensado todo lo que anhelábamos, ninguno en cambio se despide de este mundo sin haberse despedido antes de la dicha. Por corta que sea una existencia, dura menos que cualquier ventura... Pero, ¿y por qué no hacemos una ventura del pensamiento y otra ventura de la acción? La acción produce un placer positivo, sano, viril. Y en cuanto al pensamiento, cuando no se emplea en hurgar y escarbar en la vida propia (pues entonces conviértese en cavilación, en idea fija), es una fuente de alegría.

Toda la mala inteligencia del hombre con la vida está en pedirle duración para ciertos estados de embriaguez jubilosa, que por su índole tienen que ser pasajeros.

Hay un gran placer (¿tal vez vanidoso?) en trabajar con lealtad, eficazmente, en el terreno de las ideas del arte, y en que lo ignoren a uno justamente en aquel medio en que trabaja.

Es placentero ir por las calles de la metrópoli familiar y ser más desconocido en ellas que el último vendedor de periódicos. No ver en los escaparates un solo libro nuestro (en los escaparates llenos de opúsculos y libros insinceros sobre la guerra; de novelas policiales o verdes) y saber, sin embargo, que subterráneamente hacemos camino y acaso (¡los dioses lo permitan!) realizamos un poco de bien. .!

Hablar con amigos mediocres y simples, que os quieren, de la temperatura, de los géneros ingleses (muy escasos ahora), de las posibilidades de no tener carbón en diciembre... de la carestía de las patatas; y saber que dentro de media hora vais a dar la última mano a un trabajo probo, concienzudo, que muy pocos leerán y que acaso, felizmente, no conocerá jamás el autor popular y notorio que al pasar frente a vosotros se digna recordar que os ha visto en alguna parte y saludaros con un ademán protector que vosotros, abstraídos, apenas contestáis.

No cabe duda de que en esto anida una suave y discreta voluptuosidad (¿acaso vanidosa?).

Hay gentes tan recelosas y suspicaces, que por miedo de que les hagan una injusticia, empiezan por hacerla, perdiendo así doblemente, pues se conducen mal con la de los otros y son al propio tiempo víctimas de ellas.

Estos infelices ignoran que una de las emociones más

bellamente hondas y nobles de la vida es la que produce la injusticia que estamos seguros de no haber merecido.

Si en el alma universal, en la conciencia cósmica, todo lo que nosotros llamamos pasado, presente y futuro por limitación de nuestro intelecto, existe en un perfecto presente, no cabe duda de que nuestros muertos viven, de que viven la historia toda, del mundo, de que nada, ni la mínima brizna de yerba ha perecido jamás en el universo y de que el verdadero substratum de los seres y las cosas es inmortal... pero como consecuencia imprescindible resulta asimismo que los seres y las cosas, en cuanto condicionados por la duración y el espacio, no han existido jamás. Por eso los indios dicen « ¡maya! ¡maya! ».

El deseo vanidosamente rabioso de originalidad suele hacer decir a algunos hombres de talento más tonterías de las que dicen los tontos; sobre todo tonterías más tristes.

Las pruebas de la existencia del alma, de su diferenciación del cuerpo, se vuelven palpables cuando comenzamos a envejecer; cuando el «yo» incólume, viril, joven, dentro de nosotros, dice: «quiero ésto», «quero aquello», y el cuerpo responde: «no puedo».

La máquina y el maquinista ya no van de acuerdo. La máquina es un pobre cachorro cada vez más inserrible. El maquinista se desespera. Querría otra máquina

mejor, como la que tenía a los 20 años. Y comprende que hay que dejar la que posee, por inútil.

En la manera de asaltar un tranvía muy esperado se ve a la bestia humana en su repugnante plenitud.

Todas las cosas, con el irremediable tedio que sigue al placer efímero de su posesión, parecen decirnos: « no soy », « no soy ».

Es decir, no soy yo lo que buscas, aunque crees buscarme; no soy yo lo que quieres, aunque crees quererme. Tu apetito es de algo muy distinto de mí; de algo que yo, pobrecilla, no podré saciar...

Ya ves, te costé dinero, sacrificios, y apenas adquirida ya no te gusto; me dejas en un rincón...

Escarmienta y no quieras nada supérfluo; por lo demás, deberas ya saber que « solo hay una cosa necesaria... »

En muchas gentes la maledicencia no obedece sino a la triste vanidad de que las crean ingeniosas y entretenidas en los salones.

Sin el prurito de pasar por agudos, sacrificaríamos menos prójimo.

Hay cierto dulce placer, tónico y reconfortante, en sufrir las penas que plenamente sabemos son inmereci-

das. La injusticia que se comete con nosotros tiene miel en el fondo del vaso.

Las revoluciones populares, cuando triunfan, son únicamente la conquista del tedio para los triunfadores.

Es muy dulce ser consolado, pero es más dulce consolar.

La llamada aristocracia de la sangre es el parasitismo por excelencia, es el más inícuo de los parasitismos, y se comprende que todas las revoluciones hayan tratado de barrerla.

Te parece el mar la esterilidad por excelencia: esterilidad proteica y móvil. La ola va, y viene y nada fecunda... Apariencia engañosa, porque sabes que es justamente el mar el padre de la vida; que nuestra propia sangre es como su agua amarga; y que en suma nuestro corazón remedia su latido eterno.

Una mujercita bien calzada, es como una ciudad bien pavimentada; todo lo luce.

Poned, en cambio, las más bellas arquitecturas en una ciudad llena de hoyancos, y veréis como se eclipsan.

Por eso, en Francia, patria del buen gusto, lo primero que atisban los ojos curiosos cuando pasa una mujer, es

el calzado, la media; después se juzga lo que aquellos cimientos sustentan, y si la solidez de las columnas no responden a la gracia del busto, a la hermosura del rostro, el francés exclama con verdadera pena: «quel damage!»

El ensueño no es más que la filtración, en nuestro cerebro, de una imagen o de una idea que responde a realidades existentes en el universo.

Un nuevo filósofo es el que nos trae un nuevo intento para explicar lo desconocido. Sin este requisito, será, a lo sumo, un filosofante.

Convéncete, pues, de que no hay más que dos caminos: o curar las horrorosas llagas sociales que ves a cada paso, o si no puedes curarlas, no verlas; refugiarse en un testarudo, en un resuelto y altivo idealismo, y seguir tu camino en medio de los leprosos, mirando a las estrellas.

Entre nuestros muchos yoes, el más antipático es el yo convenenciero, que en cuanto consideramos una situación, una circunstancia, un detalle de la vida, quiere sacar partido de ellos. Es una odiosa celeridad para insinuarnos el posible resultado práctico hasta del más mínimo de nuestros actos; apoya con argumentos egoístas toda intención noble. Se inmiscuye en las más altas espe-

culaciones. Quizá provenga de los glóbulos judíos que, en más o menos cantidad, debemos llevar todos en la sangre.

Las almas de Dios vinieron, y a Dios vuelven, describiendo una trayectoria elíptica muy lenta, y quizá a través de innumerables vidas.

Pero hay un medio inmediato de burlar la trayectoria e ir a Él de seguida.

—¿La muerte?

--No: la muerte nos deja en el momento evolutivo en que nos pilla.

—¿Entonces?...

—Hay un medio divino: el amor. Por el amor ya estamos con Él, y en propia vida realizamos a cada instante el objeto de la Eternidad.

Que tu plegaria sea:

«¡Líbrame de mí mismo!»

Mejor que una rama frondosa, pero trunca, hagamos—dijo la nena—el árbol de Navidad con la adelfa, que lozanea en el balcón.

La adelfa aquella noche fué puesta en medio de la pieza.

El tiesto se cubrió con una tela vistosa, porque era tosco y feo; y de las ramas vivas y elegantes, entre las hojas lanceoladas, prendieron panderetas, «pepas», ca-

ballos de cartón, pistolas, bolsas de dulces, minúsculos espejos, escarchadas de pez o de algodón con ácido bórico, que finge copos de nieve.

Aquella noche, en sueños, yo ví a la adelfa, que es un ser, monologar ingenuamente.

No podría traducir sus palabras, pero el sentido era de inocente asombro.

Su alma infantil, primitiva, candorosa, no sabía a qué atribuir aquel florecimiento, polimorfo abigarrado, brillante.

Ella había dado en el verano, siempre, sus racimos de flores carolinas... pero, pitos, trompetas, peponas, pistolas, dulces, espejos...

¡De dónde podía provenir eso!

Debió creer que había salido de una pesadilla, cuando al día siguiente; desnuda ya de todo, por las pequeñas y temblorosas manos ávidas, fué puesta de nuevo en el balcón, tan adelfa como antes, y sintió el frío tónico del exterior...

A los cincuenta años, cuando hayas adquirido la noción exacta de las cosas, harás un poema, un poema sintético y comprensivo.

Aguarda aún, aguarda los cincuenta años, la edad ideal, "la mitad del camino de la vida", la verdadera mitad, pues la vida fisiológica es por lo menos de cien años.

A los cincuenta años sabrás ya demasiada la vida y demasiada filosofía para escribir tu poema.

Pero ¿y el artritisismo?

El que empieza a comprender el misterio, se queda inmóvil, más inmóvil cuanto más lo penetra, hasta llegar a la sagrada y absoluta Inmovilidad de la esfinge.

Lo terrible de la muerte no sería quizá la nada sino la supervivencia en medio de tantas almas que conocíamos aquí abajo y que con suma dificultad y paciencia pudimos tolerar.

Siquiera aquí cabe la ausencia, cabe no frecuentarlas, y cabe que la muerte misma nos libre de ellas...

¿Pero allá?

No te sientes a esperar tu destino; la fatalidad está en el límite de lo que puedes, en los linderos de tu acción, en la frontera de tu actividad viril.

Resígnate a no haber podido hacer una cosa, más nunca a no haberla intentado, si vale la pena de intentarla.

Así como a los 45 años viene para la mujer la crisis de la involución y a los 50 para el hombre (*climaterum virilis*), así también puede producirse en una edad no

siempre determinada "la crisis del carácter", que no suele relacionarse con la otra. Vels entonces a un amigo siempre afable, volverse orgulloso, grosero, intratable. Sin razón ninguna conocida, ya no os estima como antes ni piensa benévolamente de vosotros. En los hombres públicos esta crisis suele venir cuando la opinión confirma los méritos que creen tener, y su voluntad ante las vanidades propias, corroboradas y justificadas por el ajeno elogio, no tiene eficiencia bastante para enseñorearse de las bajas pasiones y de la ebriedad repentina del éxito.

Con lo que dicen bueno de nosotros y lo malo que murmuran fórmase el claro-oscuro del cual resalta nuestro verdadero perfil espiritual.

Todo es merecido. La ley no se equivoca jamás. La riqueza de hoy es la cosecha de lo sembrado antes... Sólo que la mayor parte de los ricos se comen la cosecha íntegra y no siembran ni un grano para cosechar de nuevo en lo futuro!

Hay, es cierto, excepciones admirables: Carneggie, por ejemplo.

Hay muchos hombres que cuanto más inferiores más se yerguen, quizá con el secreto instinto de que no se vea en ellos el cuadrúpedo.

No dudes nunca de las cosas bellas. Puesto que son bellas, son verdad... aquí o en alguna parte.

Si no fuera por la pertinacia del amor, acabaríamos por creer que nuestros muertos no han existido jamás. De tal manera van con los años alejándose de nosotros, en una perspectiva cada vez más borrosa.

Cuando la memoria, en determinados momentos de lucidez, nos devuelve el eco de sus palabras o el ritmo de su andar, sentimos una extrañeza enorme...

Vivían, pues; hablaban, fueron y vinieron; su voz tuvo todos los metales del amor, de la ternura, de la ironía, del enojo o de la risa!

Y pensar que dentro de pocos años nosotros seremos para los demás tan irreales, tan inconsistentes, tan fantasmas como ellos...

No puede haber aprendizaje sin evolución, ni evolución sin cambio. El alma, fuera del tiempo, sería por definición inmutable. Para aprender tiene, pues, que entrar en la esfera de la evolución y del cambio y esta esfera se la proporciona una forma de la energía que se llama la materia orgánica.

Mi vida ha sido tan variada, tan proteica — me decía aquel amigo ilustre; — he hecho tantas cosas y tan distintas en tan poco tiempo; hay tal extrañeza en algunos de los episodios de mi existencia, que sospecho que an-

tes de muchos años, los eruditos de mi tierra probarán que no he existido... que no he podido existir.

¡Si viera usted—añadía—qué emoción tan especial me produce este pensamiento!

Los pesimistas que se lamentan de que en el mundo no hay ideal, ni honradez, ni justicia, prueban precisamente que si hay ideal y honradez y justicia: el ideal y la honradez y la justicia en nombre de los cuales se lamentan...

En cuanto el alma se vacía de pasiones, deseos y apegos, la Divinidad entra en ella y la llena automáticamente, como si dijéramos, no de otra suerte que baja el agua y llena el depósito en cuanto éste al vaciarse, deja libre el conductor por donde aquél viene.

Cuanto más grande es el alma de un hombre, menos lejos estamos todos de ella, en virtud de su comprensión amplísima y de su limitación menor. Los genios son allegados y vecinos hasta de las almas más humildes. Por eso todos estamos tan cerca, tan maravillosamente cerca del alma inmensa de Dios.

No es indispensable explorar ruinas, descifrar jeroglíficos, consultar documentos: cada hombre lleva en sí la historia del planeta con todos sus detalles. El problema está en saber leer esa historia.

Toda verdad es como el centro de un círculo y hay, para llegar a ella, tantos caminos como radios.

Somos el templo de la divinidad. Pero un templo que la limita y condiciona. Por medio de perpetua aspiración a lo mejor ensanchamos el templo.

¿Qué mucho que haya tantas cosas invisibles, espirituales, que nos son desconocidas, si de lo visible, de lo material y familiar que nos rodea sabemos tan poco?

¿Cuántos hombres, por ejemplo, entre cien, saben como funcionan las locomotoras, o el automóvil en que viajan: el botón merced al cual encienden su bombilla eléctrica, el teléfono gracias a cuya eficacia tratan de lejos sus asuntos comerciales, el disco que en su gramófono divierte sus ocios después de la cena?

¿Acaso en el curso de física se nos dijeron estas cosas? ¿Pero quién se acuerda de ellas y cuántos las entendieron?

En realidad, vivimos en un mundo de misterios «visibles, tangibles, usuales»... y nos resistimos a creer que las vibraciones del éter, llegando a determinada longitud de onda, produzcan fenómenos, estados, acaso seres, absolutamente distintos de nosotros.

¿De qué sirve, te dirá el sabio, huir cuidadosamente del ruido del mundo, si llevas a la soledad el tumulto interior de tus pasiones?

Hay gentes que no parecen encumbrarse sino para caer de más alto.

Dentro de las líneas generales de nuestro destino, que son inflexibles naturalmente, pues pertenecen a la arquitectura misma del mundo, caben ciertas ondulaciones, como caben la greca y el arabesco en el frontis, y esas ondulaciones, esas posibilidades, todo hombre puede lograrlas con perseverancia. Más aún; puede obtenerlas con la oración.

Pero quizá la mejor, la más perfecta actitud del alma, cuando no puede lograr una cosa, es no orar, sino aceptarlo todo con amor; o, más bien dicho, orar continuamente por medio de esta aceptación, más sin pedir merced alguna.

Las imitaciones de las arquitecturas egipcias y griegas arcaicas, en nuestras modernas metrópolis, nos parecen lamentaciones, y atribuimos esto al «ambiente» distinto, a las distintas costumbres, a la luz diversa, ¡qué sé yo!

No acertamos con la razón verdadera de esta inadaptación, de este exotismo, de este desacoplamiento, que es una sola, a saber: que la arquitectura egipcia y la griega arcaica, y lo propio diríamos de la indostánica y de la maya-quiché, son simbólicas y tienen, en sus pro-

porciones, en su disposición y en otros muchos detalles, un sentido oculto que nosotros no podemos comprender.

La vida es la interinidad por excelencia.

El arte por el arte es escribir para hacer el bien.
¿Hacer el bien no es el arte sumo?

Si la ciencia fuese capaz de envilecerse, no hay duda de que habría llegado a su envilecimiento máximo en estos años de 1914-1918, en que todos sus recursos admirables están sirviendo sólo para destruir. La química, especialmente habría llegado al envilecimiento absoluto.

Cabría empero, una redención, y sería emplear, en bien del progreso y la felicidad humanos, todos esos útiles trágicos y esos agentes fatales.

Si las almas de los hombres estuviesen de acuerdo, podrían crear un mundo nuevo, que sería un verdadero paraíso. Las almas saben ya demasiado para esto y Dios puso hace mucho en sus manos (desde siempre) los elementos necesarios para el milagro... pero se requiere antes otro milagro: el de la unanimidad.

El que ha visto una mujer muy bella,
ha visto todo lo que hay en ella.

La capacidad del corazón para la pena, como la naturaleza según los antiguos, «tiene horror al vacío». No intentéis nunca vaciar vuestro corazón del viejo dolor que os molesta, porque en seguida se llenará de uno nuevo.

Muchas veces la fatalidad, con una coquetería trágica, gusta de esconderse bajo apariencias muy frágiles: una mujercita enfermiza, lánguida y casi inmaterial, que os domina, y por la cual vais hasta la muerte; un niño, que con su inerme inocencia os desarma; un anciano que se queja y que os liga la voluntad...

Nuestra dificultad actual de comprender las supremas verdades se explica por la excentricidad de la órbita de las almas alrededor del «sol» espiritual. En la época de los Vedas, por ejemplo, las almas se encontraban, con respecto a ese «sol», en el perihelio. Ahora estamos en el afelio.

El cuerpo no es más que un medio de volverse temporalmente visible. Todo nacimiento es una aparición.

La muerte no sería descanso si no supiese uno (el sujeto, el yo) que descansaba. El reposo es un estado, no la cesación de todo estado. Es un estado en el cual se encuentra «alguien». El aniquilamiento en que creen los materialistas, no puede, pues, llamarse reposo, y cuando

un materialista nos dice que «el que se muere descansa», esta frase no tiene sentido.

La porcelana, por su abundancia, no es tan apreciada como debiera. Para mí constituye un gran símbolo: la arcilla purificada por el fuego tórnase blanca, impenetrable, casta. No tiene casi poros. Substancias que se creen más nobles, déjanse penetrar por otras impuras, hasta la saturación. La porcelana jamás. Un poco de agua basta para limpiarla de las superficiales adherencias de lo vil y dejarla inmaculada, virginal, hermética como antes.

Encontramos imperfectas e inarmónicas muchas cosas en el mundo. Pero ¿cómo las encontramos así? Las encontramos así con nuestra razón. Nuestra razón es, pues, la rectificación misteriosa y perenne de las cosas. Dios parece juzgar el mundo desde nuestra razón. Esto hace pensar que un día el universo estará de acuerdo con la razón y la razón de acuerdo con el universo.

Y así se realizará la identidad final.

Si cesase por un momento la fantasmagoría del Espacio y del Tiempo, con la cual nuestro cerebro construye el universo, no quedarían más que almas inmóviles delante de la Realidad.

Si el Destino nos expresa su voluntad con los hechos ¿por qué intentar saberla con impaciencia antes de que los hechos se produzcan?

En las situaciones inextricables tengamos el valor y la paciencia de esperar "los hechos".

Los problemas y enredos más pavorosos de la existencia nos parecen insolubles hasta que la vida los resuelve de la manera más simple e imprevista, con el hecho escueto, a veces con el más sencillo de los hechos.

Piensa, cuando pidas una cosa, si la deseas lo suficiente para que todavía te sea grata cuando llegue a tiempo de que se te conceda.

Todo llega; pero lo que pedimos a las diez de la mañana, suele sernos ya indiferente a las cinco de la tarde.

Los niños se ponen de mal humor cuando los acuestan; los viejos, cuando los despiertan...

Ahí está toda la vida.

Nada más que con dar a las cosas su verdadero nombre, se produciría la revolución moral más tremenda que han visto los siglos.

El Destino no es nunca tan destino como en la mirada de una mujer imperiosa a quien amamos.

Decir poeta místico es redundancia. ¿Cómo puede haber un poeta que no sea místico, que comprendiendo

el Divino Amor como él es sólo capaz de comprenderlo, no se lance con ímpetu irresistible hacia Dios?

Habéis vivido cincuenta años y en ellos, sumando vuestros raros instantes de recogimiento, habéis pensado, una hora, sólo una hora, en lo absoluto, en lo inmutable, en lo eterno.

En verdad os digo que esa hora única de relación con lo infinito, basta a dignificar una vida y que por esa hora única vale la pena haber nacido.

Los males más consoladores son los que no tienen remedio humano; las situaciones morales sin salida, porque nos sentimos irresponsables y sabemos que sólo un prodigio puede librarnos de ellos.

Cuando la conciencia del universo se dé cuenta de nuestros dolores, de todo el inmenso pesar de las razas... hará que ninguno de esos dolores haya existido. Esto que parece un absurdo no lo es si se medita un poco en lo irreal del tiempo y del espacio.

Nuestra memoria sólo está poblada de muertos: o las gentes que recordamos ya no existen o ya no son como las recordamos, lo cual, en suma, viene a parar en lo mismo.

El pecado original consistió acaso únicamente en preferir el estado de inteligencia al de naturaleza.

Hay muchas llamadas «faltas» que un hombre bueno cometería delante de Dios; pero que se guardaría muy bien de cometer delante de los hombres: porque él sabe... y los hombres no.

Todas las cosas grandes y bellas que soñamos y cuya realización reputamos imposible, pueden realizarse lógicamente en una dimensión desconocida. Faraday ha dicho: *Rien n'est, trop merveilleux pour être vrai.*

Una de las más patentes muestras de cobardía humana es el silencio que guarda la mayor parte de la gente cuando se habla mal de un amigo. ¡Qué raro es el que se atreve a defenderlo!

Quizá uno de los más terribles pensamientos, el más terrible acaso antes de morir, sea éste: he vivido en vano...

Siempre que nos encontramos inopinadamente con nuestro cuerpo (en un espejo por ejemplo) o escuchamos el metal de nuestra voz, o sorprendemos algunos de nues-

tros gestos y movimientos, experimentamos una profunda sensación de extrañeza, de alejamiento.

Cuando advertimos la huella de los años, parecemos igualmente que es «otro» el que envejece; y muchas de nuestras acciones, vistas a distancia, figúrasenos que no son nuestras. Hasta solemos asombrarnos de haber ejecutado ciertos actos.

Se dijera, en suma, que el yo no está identificado con nuestro cuerpo, y que éste es un intruso, con el cual nunca llegamos a familiarizarnos.

Quienes piden lógica a la vida, se olvidan de que es un sueño; los sueños no tienen lógica: esperemos despertar...



"VIRTUS"

CONTRIBUYE A LA
DIFUSION DE LA
BUENA LECTURA
CON EDICIONES
ESTÉTICAS Y ECO-
NÓMICAS.

ESMERALDA 70
BUENOS AIRES

Librería Teatral "APOLO"

— DE —

RICARDO MARTINEZ

Todas las obras de teatro
publicadas hasta la fecha.

Corrientes 1361 Buenos Aires
Soliciten Catálogo

LIBROS RECOMENDADOS

- Tradiciones argentinas**
Por P. Obligado..... \$ 5.-
Las civilizaciones de la India
Por G. Le Bon > 5.-
Mirador de Próspero
Por E. Rodó..... > 5.50
Belkiss
Por Eugenio de Castro > 2.50
PEQUEÑECES
Por el P. Coloma..... > 2.50
La Alegría del Vivir
Por Marden > 3.00
De Pecado en Pecado
por el Caballero Audaz > 2.50
La Inquietud de Amar
por Emilio M. Martínez > 2.50
El Tonel de Diógenes
Por Felipe Sassone... > 5.00
La Espuma de Afrodita
Por Felipe Sassone... > 2.50
El Límite
Por M. Artzybachev... > 2.50

- La Prote de Adán**
Por Eustaq. Cabezón. > 2.50
Pierrette Colejal (Estudio de una muchacha al natural).
Por Antonin Reschal. > 2.50
Pierrette se Divierte
Por id. id. > 2.50
Pierrette Enamorada
Por id. id. > 2.50
Flor de Carne
Por Luis de Val..... > 2.50
Historia de la Revolución Rusa. - Por L. Trotsky > 2.00
M' Hijo el Doctor, Los Muertos, Nuestros Hijos. - Por Florencio Sanchez > 1.50
Viaje a Oriente
Por A. Lamartine..... > 1.80
El Pajaro Azul
Por Maeterlinck > 1.50

REVISTAS DE MODA y LITERATURA, tenemos un gran surtido en Francés, Inglés y Castellano; gratis mandamos el catálogo, como tambien nuestro BOLETIN MENSUAL, de las últimas novedades que se publican.

Dirigir los pedidos a la **Librería San Jorge** Santa Fe 2118, Bs. Aires U. T. 5527, Juncal

Próximamente aparecerá:

MIENTRAS LOS HOMBRES MORIAN.

por ALBERTO GERCHUNOFF

Pedidos a nuestra administración. Precio \$ 2

EDICIONES SELECTAS
AMÉRICA

Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

Aparecen el 5 y el 20 de cada mes

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Reconquista 375

U. T. 827, Rivadavia

BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(ADELANTADA)

Argentina :

Por año	\$ m/n	5.00
» seis meses	»	2.50
Número suelto (en la Capital)	»	0.20
» » (en el Interior)	»	0.25
Números atrasados (del primer tomo) en toda la República		0.40

Exterior:

Por año	\$ o/s,	2.50
» seis meses	»	1.30
Número suelto	»	0.15
» atrasado	»	0.25

Las suscripciones y pedidos de libros, deben dirigirse a nuestra administración a nombre de LEONARDO GLUSBERG, acompañando el importe correspondiente.

LAS EDICIONES SELECTAS «AMÉRICA» se venden en todas las librerías y quioscos de los países americanos. Exclusividad de la «Editorial Tor» Victoria 788 Bs. Aires, para el interior y exterior de la República.

Nos quedan algunos
ejemplares del libro



Precio \$ 0.80

libre de porte

Los Parques Abandonados

COLECCIÓN DE 65 MAGNIFICOS SONETOS POR

Julio Herrera y Reissig

Haga enseguida su pedido a nuestra Administración
porque pronto se agotarán los últimos ejemplares.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

HANS WEGENER. — <i>Nosotros los jóvenes.</i> El problema sexual del joven soltero.....	\$ 1.50
M. MAETERLINCK. — <i>El Pájaro azul.</i> La mejor obra del gran escritor belga.....	\$ 1.50
J. E. RODÓ. — <i>Ariel.</i> 15. ^a edición.....	\$ 1.00
J. TORRENDELL. — <i>El año literario.</i> Prólogo de Constancio C. Vigil.....	\$ 2.50
BELISARIO ROLDAN. — <i>Llamas en la noche.</i> Nuevas poesías.....	\$ 2.00
M. MAETERLINCK. — <i>Los senderos en la montaña.</i> Traducción de la última edición francesa.....	\$ 2.00
LEON TROTSKY. — <i>El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo</i>	\$ 2.10
Obras de AMADO NERVO	
<i>Elevación.</i> Nuevos poemas.....	\$ 2.00
<i>Plenitud.</i> Su mejor libro de prosa.....	\$ 2.00
<i>Serenidad.</i> Poesías.....	\$ 1.50
<i>Soledad.</i> Cuentos.....	\$ 1.00
<i>Sus mejores poemas.</i>	\$ 1.00
<i>La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo</i>	\$ 2.00
M. MAETERLINCK. — <i>La muerte</i>	\$ 2.50
A. PEREZ LUGIN. — <i>La casa de la Troya</i>	\$ 2.00

Obsequiamos a todos los compradores por más de diez pesos, con nuestra bonita cartera «Correspondance», con espléndidos papeles y sobres para escribir. Solicite LECTURAS, Revista guía del buen lector, y dirija todos los pedidos a la EDITORIAL TOR, Victoria 788, Buenos Aires.

Direc. y Adm.
Reconquista 375

EDICIONES SELEKTAS
AMERICA

U. Telef. 827
(Rivadavia)

Cuadernos Quiqueneales de Letras y Ciencias

(APARECEN EL 5 Y EL 20 DE CADA MES)

DIRECTOR

SAMUEL GLUSBERG

Año I **Tomo I**

<i>Amado Nervo</i>	Florilegio III Edición
<i>José Ingenieros</i>	La moral de Ulises II Ed.
<i>Almafuerte</i>	Espigas II Edición
<i>Julio Herrera y Reissig</i>	Opalos II Edición
<i>Martin Gil</i>	Cielo y Tierra
<i>Ernesto Mario Barreda</i>	Canciones para los niños
<i>Eduardo Talero</i>	Amado Nervo
<i>Alberto Gerchunoff</i>	Cuentos de ayer
<i>Leopoldo Lugones</i>	Rubén Darío
<i>Florentino Ameghino</i> ..	Los cuatro infinitos
<i>Rafael Alberto Arrieta</i>	Selección lírica
<i>Vicente A. Salaverri</i> ..	La visión optimista

Año II **Tomo II**

<i>Fernández Moreno</i>	Versos de Negrita
<i>Joaquín V. González</i> ..	Música y danzas nativas
<i>Rubén Darío</i>	Poemas II Edición
<i>Arturo Capdevila</i>	La pena monstruosa
<i>José Enrique Rodó</i>	Joyeles
<i>Arturo Cancela</i>	Cacambo II. Edición
<i>Armando Donoso</i>	Un hombre libre.
<i>Ricardo Rojas</i>	Canciones.
<i>Roberto J. Payró</i>	Historias de Pago Chico.
<i>Aquiado Nervo</i>	Pensando.

EL PRÓXIMO CUADERNO SERÁ DE

ALFONSINA STORNI

IMP. "NOVITAS" DAÑON & CIA.
RECONQUISTA 459 - BS. AS.